

El estudio de la violencia en sociedades de pequeña escala: bases conceptuales para la construcción de modelos aplicables a casos arqueológicos

Florencia Gordón*

Introducción

En general, se asume que los individuos o los grupos de individuos interactúan de diferentes formas, entre las que se encuentran las denominadas violentas, que surgen habitualmente en el marco de la resolución de conflictos. En este contexto, la violencia se refiere al uso agresivo de la fuerza física orientado a herir o a dañar a otra persona, ya sea física o verbalmente, o a destruir sus pertenencias (Barrientos y Gordón 2004). Actualmente, se sabe que todo individuo es capaz de manifestar violencia (Eibl-Eibesfeldt 1974, 1995; Ember 1978; Ember y Ember 1992, 1998; Keeley 1997). La socialización y el aprendizaje permiten dirigirla o canalizarla, debido a lo cual existen componentes individuales y culturales en el rango de variación de este tipo de comportamiento. Las sociedades tienden a diferir entre sí en la magnitud y en la dirección de la violencia que se considera permisible o apropiada en cada situación y estos criterios suelen cambiar con el tiempo. Además, existe una cuestión de contingencia cultural dado que el término violencia adquiere diferentes significados en las distintas culturas y aún para miembros de la misma cultura (Krohn-Hansen 1994). Asimismo, como lo puntualiza Knauff (1987), la definición social de “legitimidad” con respecto a la violencia varía ampliamente y puede encubrir varias formas de violencia interna en un análisis comparativo transcultural. Si bien el estudio de la violencia posee una tradición relativamente larga en ciencias sociales y biológicas, incluidas aquellas del comportamiento, en la actualidad aun se carece de un marco conceptual lo suficientemente comprehensivo pero a la vez detallado del modo en que las diferentes formas de violencia se interrelacionan entre sí a distintos niveles, particularmente en el contexto de sociedades humanas de pequeña escala –*v.g.* cazadores-recolectores, horticultores, pequeñas jefaturas–.

En este sentido es interesante notar que en el caso particular de este tipo de sociedades, tradicionalmente consideradas como inherentemente pacíficas, un creciente número de trabajos tanto arqueológicos como etnográficos, muestran la existencia de niveles relativamente altos de violencia (Ember y Ember 1998; Keeley 1997). Un análisis comparativo realizado por Ember (1978) mostró que el

* CONICET, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

64% de las sociedades cazadoras-recolectoras contemporáneas o históricamente conocidas practican o practicaron la violencia entre comunidades locales o entidades sociopolíticas de mayor escala, al menos una vez cada dos años. Por su parte, Knauft (1987) presenta ejemplos de sociedades que fueron típicamente consideradas pacíficas pero que en realidad presentan tasas de homicidios muy altas –entre ellas menciona a los grupos !Kung, Esquimales, Semai, Hadza, Mbuti y Gebusi–. Es decir, aunque algunos grupos son presentados en la literatura de manera idealizada como sociedades inherentemente pacíficas, la realidad de muchas de éstas indica que los *raids* intracomunitarios y las venganzas familiares o privadas son o fueron comunes, particularmente antes del impacto de las campañas “pacificadoras” coloniales que se dieron en distintos lugares del mundo a partir del siglo XVI (Lee y Daly 1999).

Teniendo en cuenta lo arriba expuesto, el presente trabajo tiene como objetivo plantear los lineamientos básicos para la construcción de modelos conceptuales acerca de los factores que influyen en la manifestación de comportamientos violentos a diferentes niveles –violencia doméstica, violencia intragrupal y violencia intergrupala–. Asimismo, se propone analizar los modos en los que éstos se manifiestan y su interrelación, particularmente en el contexto de sociedades de pequeña escala. Se considera que este desarrollo resulta necesario como una primera etapa de una investigación orientada al tratamiento arqueológico de este problema, actualmente en curso (Barrientos y Gordón 2004; Gordón y Ghidini 2006).

Con el fin de poder abarcar los objetivos planteados este trabajo se estructura de la siguiente manera: en primer término, se presentan algunos conceptos asociados al estudio de la violencia interpersonal en sociedades de pequeña escala, discutiendo su alcance y utilidad en arqueología; luego, se indican algunos de los factores más comúnmente citados en la bibliografía asociados con aumentos y/o mantenimiento en los niveles de violencia en este tipo de sociedades; seguido a esto, se intenta comprender cómo estos factores interactúan en las distintas escalas o niveles de análisis. Finalmente, la discusión general está relacionada con el tema de la aplicabilidad a casos arqueológicos con el fin de dejar planteadas las bases para un futuro desarrollo conceptual y teórico de modelos aplicables a este tipo de problemáticas.

Discusión

Algunos conceptos asociados al estudio de la violencia interpersonal

En general, la bibliografía que trata sobre la violencia en sociedades humanas hace una primera distinción conceptual muy clara. La misma se refiere a la diferenciación de los términos “guerra” y “violencia interpersonal”. El primer término se refiere, básicamente, a una situación en donde existen agresiones violentas, armadas y organizadas entre miembros de grupos sociales políticamente autónomos (E. A. Smith 2003). El segundo, en cambio, puede ser concep-

tualizado como agresiones violentas ejercidas por un individuo o por un grupo pequeño de individuos contra una o más personas, en las cuales no existe un motivo político claramente definido (World Health Organization 2004). A su vez, y en otro nivel, puede reconocerse dentro de la violencia interpersonal a la “violencia comunitaria”, que tiene lugar entre individuos no emparentados y que generalmente ocurre fuera del hogar y a la “violencia doméstica”, es decir aquella ejercida dentro de un grupo familiar y que se manifiesta cuando un miembro de la familia intenta dominar o dañar a otro, ya sea física o psicológicamente (Krug *et al.* 2002). Ésta última distinción no ha sido tratada con el mismo interés que la primera.

¿Hasta qué punto estos conceptos son operativos, particularmente en contextos arqueológicos? En cuanto a la primera distinción –guerra y violencia interpersonal–, es interesante mencionar que si bien a nivel conceptual ambas situaciones pueden diferenciarse con facilidad, su identificación a nivel arqueológico puede resultar ambigua. En principio, se reconoce la existencia de violencia interpersonal y/o guerra a diferentes escalas con distintos grados y formas de manifestación. Bajo estas definiciones, podría pensarse que la evidencia de guerra posee un grado de identificación arqueológica menos ambigua que la de violencia interpersonal. Si bien estos conceptos, en muchos casos son operativos y en términos generales pueden ser utilizados para definir situaciones extremas, algunos de los criterios usados para su definición resultan ser ambiguos. De hecho, existen ejemplos en la literatura que no se ajustan completamente a esta diferenciación. Un claro ejemplo en el que puede observarse ambigüedad en la aplicación conceptual es el conocido como “la masacre de Crow Creek” (Willey 1990; Willey y Emerson 1993; Zimmerman y Bradley 1993; Zimmerman *et al.* 1981, citados en Lambert 2002 y Milner 1995). Las agresiones organizadas entre “grupos políticamente autónomos”, como lo requiere la definición de guerra, es un rasgo difícil de reconocer en el registro arqueológico, por lo cual de no ser así, este sería un ejemplo de lo que se define como violencia interpersonal. Sin embargo, esta definición menciona “agresiones violentas por un individuo o un grupo pequeño de individuos contra una o más personas”. Esta masacre cuenta con un número de víctimas de casi 500, por lo cual no se ajustaría a esta definición. Dicha masacre se refiere a una matanza ocurrida a comienzos del siglo XIV en un poblado del período denominado Coalescente Inicial en Dakota del Sur. El número mínimo de individuos recuperados en una zanja que rodeaba parcialmente a la aldea es de 486 entre hombres, mujeres y niños. Los autores determinaron que la mayoría de los cuerpos mostraban signos de mutilación, algunos de escaldado y muchos de ellos señales probables de decapitación y de remoción lingual. Manos y pies pueden haber sido igualmente mutilados. Además identificaron una serie de estructuras quemadas, lo cual apoya la idea de intencionalidad en la aniquilación de ese poblado. La existencia de un sesgo en la falta de individuos femeninos de entre 15 y 24 años sugiere que algunos de estos individuos se habrían salvado a través de la captura o el escape. La evidencia osteológica muestra un aumento en el tamaño poblacional y un deterioro en el estado de salud, lo cual sugiere que la competencia intertribal que desembocó en esta matanza puede haber sido motivada por

estrés de recursos y no únicamente por una búsqueda de prestigio, una de las razones de violencia intergrupala más frecuentemente citadas en sociedades de pequeña escala. Con este ejemplo, sólo se pretende mostrar que es necesaria una revisión de algunos criterios y conceptos utilizados y señalar que la variabilidad encontrada en el registro arqueológico de situaciones violentas es mucho más amplia y compleja; es decir, que las posibilidades de expresiones violentas van más allá de lo denominado violencia interpersonal o guerra.

Si bien estas son en general las formas más comunes que adoptan las definiciones de guerra y/o violencia interpersonal (Judd 2006; Lambert 2002; M. O. Smith 2003; Torres-Rouff y Costa-Junqueira 2006), Webster define a la guerra de manera más amplia como “confrontaciones planeadas entre grupos organizados de combatientes quienes comparten, o creen que comparten, intereses comunes (...) la guerra así definida no está limitada a una clase particular de política o sociedad y puede ocurrir en cualquier escala” (2000: 72. Traducción de la autora).

Elliot (2005) cree que un punto crucial de esta definición es que se extiende el dominio de guerra más allá de la agresión intergrupala para incluir también a la violencia intracomunitaria. Sin embargo, podría agregarse que una definición tan amplia no parece tener gran potencial para discriminar situaciones particulares de violencia.

Por otra parte, y en otro nivel, la presencia de violencia en contextos domésticos se registra en sociedades de pequeña escala como un hecho frecuente (Bridges 1998; Musters 1997; Turnbull 1984, entre otros). Si bien existen ciertos indicadores que sugieren que una distinción es posible entre la violencia interpersonal y la doméstica en contextos actuales, aún no se sabe hasta qué punto tal diferenciación puede llevarse a cabo arqueológicamente. En este sentido, se observa que la violencia doméstica está más orientada a los individuos de sexo femenino con evidencias de traumas generalmente no letales en zonas del rostro tales como órbitas, huesos nasales y maxilares. Esta situación ha sido denominada por Walker (1997) “*wife beating*” y, si bien fue descrita para sociedades occidentales modernas, podría ser evaluada a modo de hipótesis en casos arqueológicos. Dado este escenario, sería interesante comenzar a indagar en el registro etnográfico de manera sistemática, en qué medida el aumento en los niveles de violencia doméstica dependen del aumento de los niveles de violencia interpersonal –o viceversa–. Si la primera resulta ser una función de la segunda, como ya fuera mencionado por algunos autores como Cashdan (2001) para el caso de violencia intra e intergrupala, los resultados arqueológicos que indiquen incrementos en los niveles de violencia interpersonal no se verían sesgados por los patrones de violencia doméstica.

Potenciales factores asociados al aumento de los niveles de violencia interpersonal y/o guerra

Una serie de factores que potencialmente podrían conducir a aumentos de los niveles de violencia interpersonal y/o guerra en sociedades humanas de

pequeña escala se mencionan en forma recurrente en la literatura específica (Cuadro 1). Sin embargo, aparentemente ninguno de estos factores tiene el potencial suficiente para explicar de manera aislada aumentos significativos en los niveles de violencia. Por lo general, se encuentran varios de ellos implicados en los diferentes casos de estudio.

Cuadro 1. Factores que intervienen en el aumento y/o mantenimiento de los niveles de violencia interpersonal

Casos de estudio	Factores	Citas bibliográficas
Etnográficos	Búsqueda de status	
	Cambio en la estructura política	
	Competencia por mujeres, por acceso al comercio	- Knauff (1987)
	Toma de esclavos	- Califano (1999)
	Venganzas	- Lambert (2002)
	Innovaciones tecnológicas	- Gusinde (1937)
	Contactos interétnicos	
	Sistemas de creencias	
	Infracción de tabúes	
	Arqueológicos	Deterioro ambiental
Escasez de recursos		- Elliot (2005)
Competencia por los recursos		- Lambert (1997, 2002)
Expansión territorial		- Milner (1995)
Nucleamiento poblacional		- Read y LeBlanc (2003)
Aumento de la densidad demográfica		- Torres-Rouff y Costa Junqueira (2006)
Contexto colonial (con sus posibles efectos previos al contacto cara a cara)		- Walker (1989, 2001)
		- Ferguson (1992)

Como fuera explicado por Gat (2000), lo interesante no es simplemente revisar la lista de factores, sino ver cómo estos se integran entre sí en forma compleja. Existen varios ejemplos en la literatura, tanto arqueológica como etnográfica, que hacen referencia a esta cuestión, sugiriendo diferentes factores que estarían involucrados en el incremento de los niveles de violencia en sociedades de pequeña escala. Desde el campo de la arqueología, por ejemplo, Elliot (2005) observó evidencia de violencia y conflictos en el valle de Malpaso –Zacatecas, México– sugiriendo la ocurrencia de un abandono como consecuencia de la competencia y conflictos entre grupos locales por el acceso a los recursos, probablemente provocado o exacerbado por determinados niveles de estrés ambiental. Existen evidencias de aridez en México central durante el período Clásico tardío (*ca.* 500-900 DC) que apoyarían esta idea. Lambert (2002), por su parte, en su investigación arqueológica acerca de la guerra en sociedades preestatales nativas de Norteamérica, sugiere como causas potenciales a la expansión territorial y a las disputas de frontera para el caso de la zona occidental del Ártico y Subártico. Para la costa noroeste de Norteamérica, esta autora sugiere que una escasez de recursos habría sido una causa importante en el aumento de la violencia interpersonal. Postula, a modo de hipótesis y sobre la base de la lite-

ratura etnográfica, que un número de causas próximas podrían haber estado implicadas en esta región con aumentos en los niveles de violencia, incluyendo venganzas, ataques por esclavos y mujeres, búsqueda de estatus, escasez de alimentos, competencia por el acceso al comercio y a las rutas comerciales, etc. Para la región occidental de la Gran Cuenca y California, Lambert (2002) sugiere que las causas de la escalada en la violencia de la prehistoria tardía estarían asociadas al tamaño poblacional, disponibilidad de recursos y estructura política. Por otro lado, existen evidencias de condiciones de sequías entre 450-1.300 d.C. que podrían haber sido devastadoras en relación con la escasez de alimentos y agua. En cuanto al sudoeste y zonas periféricas, las explicaciones ambientales basadas en anomalías climáticas vuelven a ser las dominantes. Un caso similar es el de las Grandes Planicies, aunque aquí se mencionan también al contacto y a la competencia entre distintos grupos como causas potenciales de aumentos en los niveles de violencia durante el período prehistórico tardío. Lambert (2002) señala una serie de causas para el período histórico –prestigio, venganza, competencia, introducción del caballo y de las armas de fuego– y una serie para el período prehistórico –sequías, movimientos poblacionales, contactos intertribales, tensiones étnicas y competencia por recursos esenciales. Finalmente, para la región de los bosques del este, venganza, estatus, competencia por tierras productivas y factores climáticos asociados con la Pequeña Edad de Hielo habrían producido aumentos en los niveles de violencia vinculados con la formación y el mantenimiento de jefaturas. Independientemente de cada una de las regiones mencionadas, ciertas innovaciones tecnológicas como la adopción del arco y flecha también habrían jugado un rol importante.

En relación con el registro etnográfico, podría mencionarse el estudio de Knauff (1987) quien centra su análisis en el grupo Gebusi de Nueva Guinea. Observa que, a pesar de tratarse de un grupo no competitivo, políticamente descentralizado, con relaciones interpersonales no jerárquicas y con niveles de agresividad diarios en general bajos, los Gebusi exhiben una tasa extremadamente alta de homicidios. El contexto más frecuente y legítimo de violencia letal es la muerte de personas tales como los brujos, acusados de causar enfermedades mortales en la comunidad. En términos sociológicos, estos actos de violencia actuarían como un fuerte mecanismo nivelador, excluyendo la emergencia de líderes y reforzando sus normas. Estas muertes están socialmente aceptadas. Si bien Knauff reconoce que los factores ambientales juegan algún papel, cree que los factores culturales locales parecen ser particularmente importantes para explicar este patrón distintivo. Este autor postula que la verdadera causa de la violencia tiene su origen en el fuerte sistema de creencias. Además, Knauff propone la existencia de disputas entre hombres en la competencia por mujeres, la cual en ocasiones puede terminar con la vida de algún individuo. Las variaciones de respuestas son influenciadas por la interacción de factores ecológicos e histórico-culturales con las dinámicas política y psicológica. Además este autor menciona que la baja densidad poblacional de los Gebusi está en relación con la intensidad de enfermedades en las tierras bajas como la malaria y la tuberculosis. Las enfermedades infecciosas reducen la capacidad del cuerpo para absor-

ber nutrientes, y hay al menos evidencia cualitativa de malnutrición entre los niños Gebusi. Otro ejemplo etnográfico lo proporciona Califano (1999), referido a los indios Sirionó de Bolivia oriental. Postula que una causa muy frecuente de rivalidades entre los jefes es la competencia por las mujeres. Además, son consideradas acciones delictivas que pueden ser sancionadas, generando situaciones de violencia, las siguientes causas: el homicidio, el adulterio, la infracción de los tabúes alimenticios, la maledicencia y el chisme. En algunos casos el castigo es tan intenso que puede provocar la muerte del individuo. La guerra entre los Sirionó puede tomar dos formas: huída y defensa, o ataque o asalto sorpresivo, motivada esta última por el deseo de apropiarse de objetos de hierro como hachas o machetes.

Como lo muestran estos ejemplos, tanto en los casos arqueológicos como en los etnográficos, existen varios factores interrelacionados implicados en las situaciones de aumento y/o mantenimiento de los niveles de violencia interpersonal. Como ya se mencionó, aparentemente no existe un único factor causal capaz de explicar tales situaciones. Uno de los principales factores recurrentemente aducidos para dar cuenta de situaciones de violencia es la concentración poblacional. Sin embargo, una serie de estudios recientes ha puntualizado que la concentración de población no posee, en sí misma, efectos necesariamente adversos sino que puede, bajo determinadas condiciones, intensificar o exacerbar las reacciones de los individuos ante una determinada situación social. En este contexto ha sido sugerida la necesidad de realizar estudios transculturales específicos con el fin de clarificar el significado objetivo *-p.e.* medido en términos de densidad- y subjetivo *-p.e.* socialmente percibido- del hacinamiento o concentración poblacional (Kumar y Ng 2001). Asimismo, otra de las causas mencionadas, la escasez de recursos por deterioro ambiental o por alteraciones climáticas, no necesariamente lleva al incremento de violencia, ya que esto dependería del espacio de movilidad disponible de los grupos, de la cercanía geográfica respecto de otros, etc. Esto a su vez estaría relacionado con otro de los factores mencionados, tales como los contactos interétnicos. Por otra parte, el factor del contexto colonial pudo haber afectado a las poblaciones aborígenes por factores previos al contacto cara a cara. Como lo puntualiza Ferguson (1992), la presencia de epidemias, cambios ecológicos y nuevas tecnologías pudieron estar implicados. Luego el factor jerárquico, es decir la relación de dominación por parte de los colonizadores hacia los grupos aborígenes, se hizo presente dentro del contexto colonial. En general se acepta que, si bien factores ecológicos pueden estar en el origen de muchos conflictos sociales, éstos operan a través de una compleja red causal de factores políticos, económicos y culturales (Barrientos y Gordón 2004). Según Gat (2000), este complejo va siendo integrado por la lógica de la evolución y la selección natural. Este autor sugiere que los territorios de caza, las fuentes de agua, el refugio, la disponibilidad de materia prima, etc. llevan a la competencia por los recursos y esta competencia es la causa principal de la agresión y de la violencia en la naturaleza, dado que estas son fuerzas selectivas básicas. Según este autor, la competencia por los recursos y su relación con el conflicto no es algo dado sino que es una variable altamente

flexible y moldeable. Cambia en el tiempo y en el espacio en relación con la naturaleza variable de los recursos disponibles y los patrones de poblamiento humano en distintos hábitats ecológicos.

Una diferencia clara entre estos dos tipos de trabajos –arqueológicos y etnográficos– es la clase de factores citados en uno y otro caso. Es interesante el hecho de que los casos etnográficos raramente mencionan a las presiones ambientales y a los factores ecológicos en general, como fuentes potenciales de aumento de la violencia interpersonal. En este sentido la arqueología tiene la ventaja de contar con métodos que permiten trabajar con una profundidad temporal superior lo que se traduce en la posibilidad de analizar soluciones a largo plazo. Por su parte, los trabajos etnográficos mencionan más frecuentemente factores que podrían traducirse como soluciones de corto plazo a un determinado tipo de situación de estrés, las cuales son muchas veces difíciles de detectar en el registro arqueológico. Probablemente ambos tipos de factores causales estén asociados en las situaciones de violencia interpersonal.

Interacción de la violencia en distintos niveles de análisis

Tradicionalmente, los diversos estudios han focalizado en las situaciones de guerra y violencia intracomunitaria surgida en distintos contextos de tensión social, siendo relativamente recientes las contribuciones a la literatura referidas a la violencia doméstica. Asimismo, existen muy pocos trabajos orientados a establecer relaciones entre las manifestaciones de violencia a distintos niveles.

Entre los niveles intra e intergrupales, por ejemplo, existe cierta evidencia que indica que la competencia en ambas esferas no puede ser considerada como una fuente cualitativamente distinta de conflicto y violencia, ya que sería esperable que la violencia ejercida contra personas extrañas al propio grupo esté asociada con la hostilidad interna, es decir, aquella dirigida contra individuos o comunidades pertenecientes a la misma sociedad o grupo étnico (Cashdan 2001). La hostilidad contra extraños no sería, pues, sólo una respuesta dirigida contra un peligro externo (real o percibido), sino que reflejaría también los niveles de violencia prevalentes dentro de una determinada región. Esto es, a mayor nivel de violencia interna –familiar o comunitaria–, existen mayores probabilidades de ocurrencia de situaciones de violencia externa –interétnica–. El aumento en los niveles de competencia intra e intergrupales tiene el potencial de generar situaciones de conflicto (Boone 1992) entendidas como los estados resultantes de la incompatibilidad percibida entre las metas o aspiraciones de los individuos o de los grupos y la realidad (Samarasinghe *et al.* 1999).

En la literatura etnográfica, existen ejemplos de grupos que se muestran hostiles tanto en la esfera intergrupales como así también en la esfera doméstica. También se encuentran ejemplos de grupos que se muestran menos agresivos y/o violentos tanto a nivel intergrupales como a nivel familiar. Esto podría sugerir que existe una relación entre los niveles de agresión y violencia doméstica y los niveles de agresión y violencia a nivel intergrupales. En este sentido, Knauff (1987) menciona que un número de estudios transculturales propone que la

conducta agresiva de hombres adultos está unida a una socialización severa, con énfasis sobre el castigo y la obediencia en la educación de los niños y a un vínculo padre-hijo distante o autoritario. De manera inversa, las prácticas afectivas de socialización y vínculos fuertes y cálidos entre padres e hijos son los propicios para engendrar una falta relativa de agresión por parte de los hombres adultos. Esto concuerda con algunas descripciones etnográficas, entre ellas puede citarse la de Gusinde (1937) quien, al describir las relaciones dentro de un mismo grupo familiar Selk'nam lo hace enfatizando el buen trato que mostraban sus miembros entre sí, tanto entre los esposos como éstos con sus hijos y entre los hermanos. Asimismo, al describir las riñas de las que participaban –generalmente los hombres– menciona que si bien los Selk'nam son un pueblo sensible, irritable y vengativo, la falta de un jefe común y de una unión organizada de todos no permiten que las luchas y las guerras tomen mayores proporciones. Sólo se producían combates entre grupos pequeños, de ocho a veinte hombres de cada lado. Los motivos de conflicto más frecuentes habrían sido homicidios, violaciones de límites de tierras y combates provocados por hechiceros. Sin embargo, puntualiza que en caso de haber un combate preparado y llegado el momento los individuos no tuviesen suficientes ganas de pelear, éstos podían quedarse en sus chozas. Un caso etnográfico que podría ejemplificar el extremo opuesto es el de los Yanomamo. Si bien abundan los relatos acerca de los comportamientos violentos ejercidos por este grupo (Chagnon 1979, 1983; Ferguson 1995 entre otros), un relato muy interesante es el de Helena Valero, quien fue cautiva veinticuatro años del grupo Yanomamo. Ella cuenta varias situaciones en donde mujeres y niños fueron víctimas de situaciones de violencia por parte de los hombres. En este caso, se hace explícito el hecho que la violencia es enseñada y animada desde la infancia. Los niños varones son estimulados y raramente son castigados por sus padres cuando agreden a otros niños o niñas (Operé 2001).

Finalmente, se ha propuesto que el tipo de guerra que más comúnmente practica una sociedad –interna o externa–, es principalmente una función del tipo de patrón residencial postmarital. Los grupos exogámicos patrilocales por lo general practican la guerra interna –dirigida contra grupos vecinos pertenecientes a la misma sociedad, cultura o grupo lingüístico–. A su vez los grupos con residencia matrilocal tienden a realizar la guerra externa –dirigida contra grupos no directamente relacionados y geográficamente distantes– (Divale 1974; Divale y Harris 1976; Ember 1982; Ember y Ember 1971). Dado que alrededor del 50% de los grupos cazadores-recolectores contemporáneos o históricamente conocidos poseen un patrón residencial patrilocal y sólo un 15% un patrón residencial matrilocal (Kelly 1995), son esperables más situaciones de guerra interna que de guerra externa en una proporción aproximada de 3:1 (Barrientos y Gordón 2004).

Consideraciones finales

Si bien este trabajo es el resultado de una primera aproximación a la discusión conceptual de temas relacionados con el estudio de la violencia interpersonal en sociedades de pequeña escala, se espera haber planteado los lineamientos básicos para el futuro desarrollo de modelos conceptuales aplicables a problemas arqueológicos. En este sentido se intentó comenzar a reflexionar acerca de algunos ítems relevantes.

En primer término, la aplicación a casos arqueológicos de algunos de los conceptos asociados al análisis de la violencia muestran, por el momento, un grado de deficiencia y ambigüedad que hace necesaria una discusión más profunda con el fin de hacer que estos conceptos sean operativos en contextos arqueológicos.

Por otra parte, como ya fuera mencionado en la discusión, resulta interesante y necesario remarcar el hecho de que trabajos arqueológicos y etnográficos realzan la importancia de distintos factores en la explicación de los aumentos y/o mantenimientos de niveles de violencia interpersonal. La relevancia de tener esto en cuenta residirá, a la hora de generar modelos que puedan ser aplicados a casos arqueológicos, en la implicancia que tengan dichos factores en el marco dentro del cual causas próximas y causas últimas podrían ser diferenciadas y tomadas en cuenta para dar explicaciones de carácter multicausal.

Otro de los temas tratados aquí, fue la interacción de las distintas esferas en cuanto a los niveles de violencia interpersonal. Si bien se asume que en esta instancia la presentación de información etnográfica no es lo suficientemente vasta como para generar un panorama amplio y claro acerca de cómo se da la interacción de conductas agresivas y violentas en las diferentes escalas de análisis en este tipo de sociedades, por el momento parece existir una asociación positiva entre los distintos niveles.

Finalmente, se considera que como instancia necesaria de análisis, este trabajo puede ser el puntapié inicial en la especificación de criterios y conceptos utilizados en esta temática y en la generación de modelos que permitan, junto con la aplicación de marcos teóricos adecuados, dar significado a las observaciones arqueológicas. Se espera que a partir de la correcta generación y aplicación de los mismos, esta línea de investigación pueda desarrollarse de manera exitosa.

Agradecimientos

A Diego Rindel, Gustavo Barrientos y Juan Bautista Belardi por su atenta lectura y enriquecedores comentarios. A Marcelo Morales y al comité editorial por sus evaluaciones las cuales contribuyeron a mejorar el manuscrito. Este trabajo se realizó dentro del marco del subsidio trianual N° 14116-111 de Fundación Antorchas, dirigido por el Dr. G. Barrientos.

Bibliografía

BARRIENTOS, G. Y F. GORDÓN

2004. Explorando la relación entre nucleamiento poblacional y violencia interpersonal durante el Holoceno tardío en el noreste de Patagonia (República Argentina). *Magallania* 32: 53-69.

BARRIENTOS, G. e I. PÉREZ

2004. La expansión y dispersión de poblaciones del norte de Patagonia durante el Holoceno tardío: evidencia arqueológica y modelo explicativo. En: Civalero, M. T., T., P. M. Fernández y A. G. Guráieb (Comps.). *Contra Viento y Marea. Arqueología de la Patagonia*, pp. 179-195. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

BOONE, J. L.

1992. Competition, conflict, and the development of social hierarchies. En: Smith, E. A. y B. Winterhalder (Eds.). *Evolutionary Ecology and Human Behavior*, pp. 301-337. Nueva York, Aldine de Gruyter.

BRIDGES, T.

1998. *Los indios del último confín. Sus escritos para la South American Missionary Society*. Ushuaia, Zagier & Urruty Publications.

CALIFANO, M.

1999. Etnografía de los Sirionó. En: Califano, M. (Coord.). *Los indios Sirionó de Bolivia Oriental*. Buenos Aires, Editorial Ciudad Argentina.

CASHDAN, E.

2001. Ethnocentrism and xenophobia: A cross-cultural study. *Current Anthropology* 42: 760-765.

CHAGNON, N. A.

1979. Protein deficiency and tribal warfare in Amazonia: new data. *Science* 203: 910-913.

1983. *Yanomamo. The Fierce People*. Nueva York, Holt Rinehart and Winston, Inc.

DIVALE, W.

1974. Migration, external warfare, and matrilocality residence. *Behavior Science Research* 9: 75-133.

DIVALE, W. Y M. HARRIS

1976. Population, warfare, and the male supremacist complex. *American Anthropologist* 78: 521-538.

EIBL-EIBESFELDT, I.

1974. The myth of the aggression-free hunter and gatherer society. En: Holloway, R. L. (Ed.). *Primate Aggression, Territoriality and Xenophobia. A Comparative Perspective*, pp. 435-457. New York, Academic Press.

1995. *Guerra y Paz. Una Visión de la Etología*. Barcelona, Biblioteca Científica Salvat.

ELLIOT, M.

2005. Evaluating evidence for warfare and environmental stress in settlement pattern data from the Malpaso valley, Zacatecas, Mexico. *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 297-315.

EMBER, C. R.

1978. Myths about hunter-gatherers. *Ethnology* 17: 439-48.

EMBER, C. R. Y M. EMBER

1992. Resource unpredictability, mistrust, and war: A cross-cultural study. *Journal of Conflict Resolution* 36: 242-262.

1998. Violence in the ethnographic record: Results on cross-cultural research on war and aggression. En: Martin, D. y D. Frayer (Eds.). *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past (War and Society)*, pp. 1-20. Londres, Routledge.

EMBER, M.

1982. Statistical evidence for an ecological explanation of warfare. *American Anthropologist* 84: 645-649.

EMBER, M. Y C. R. EMBER

1971. The conditions favoring matrilineal versus patrilineal residence *American Anthropologist* 12: 571-594.

FERGUSON, R. B.

1992. Tribal warfare. *Scientific American* 266:108-116.

1995. *Yanomami Warfare: A Political History*. Santa Fé, SAR Press.

GAT, A.

2000. The human motivational complex: Evolutionary theory and the causes of hunter-gatherer fighting. *Anthropological Quarterly* 73: 20-34.

GORDÓN F. Y G. GHIDINI

2006. Análisis bioarqueológico de la violencia interpersonal. El valle inferior del río Negro (República Argentina) durante el Holoceno tardío. *Revista Werken*. En prensa.

GUSINDE, M.

1937. *Los Indios de Tierra del Fuego. Los Selk'nam*. Tomo I. Volumen I. Buenos Aires, Centro Argentino de Etnología Americana.

JUDD, M. A.

2006. Continuity of interpersonal violence between Nubian Communities. *American Journal of Physical Anthropology* 131: 324-333.

KEELEY, L. H.

1997. *War Before Civilization*. Oxford, Oxford University Press.

KELLY, R.

1995. *The Foraging Spectrum: Diversity in Hunter-Gatherer Lifeways*. Washington, Smithsonian Institution Press.

KNAUFT, B. M.

1987. Reconsidering violence in simple human societies. Homicide among the Gebusi of New Guinea. *Current Anthropology* Vol. 28 (4): 457-499.

KROHN-HANSEN, C.

1994. The anthropology of violent interaction. *Journal of Anthropological Research* 50: 367-381.

KRUG, E. G., L. L. DAHLBERG, J. A. MERCY, A. B. ZWI Y R. LOZANO

2002. *The World Report on Violence and Health*. Ginebra, World Health Organization.

KUMAR, S. Y B. NG

2001. Crowding and violence on psychiatric wards: Explanatory models. *Canadian Journal of Psychiatry* 46: 433-437.

LAMBERT, P.

1997. Patterns of violence in prehistoric hunter-gatherers societies of coastal southern California. En: Martin, D. L. y D. W. Frayer (Eds.). *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past, War and Society*, Vol. 6, pp. 77-109. Amsterdam, Gordon and Breach Publishers.

2002. The archaeology of war: A North American perspective. *Journal of Archaeological Research* Vol. 10 (3): 207-241.

LEE, R. B. Y R. DALY

1999. Introduction: foragers and others. En: Lee, R. B. y R. Daly (Eds.). *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, pp. 1-19. Cambridge, Cambridge University Press.

MILNER, G.

1995. An osteological perspective on prehistoric warfare. En: Beck, L. A. (Ed.). *Regional Approaches to Mortuary Analysis*, pp. 221-244. New York, Plenum Press.

MUSTERS, G.

1997. *Vida entre los Patagones*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

OPERÉ, F.

2001. *Historias de la Frontera: el Cautiverio en América Hispánica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

READ, D. W. Y S. LE BLANC

2003. Population growth, carrying capacity, and conflict. *Current Anthropology* 44: 59-85.

SAMARASINGHE, S., B. DONALDSON Y C. MCGINN

1999. *Conflict Vulnerability Analysis. Issues, Tools and Responses*. Informe enviado a USAID, Tulane Institute for International Development, Arlington. <http://www.certi.org/publications/Manuals/CVA.htm>. 25/03/2004.

SMITH, E. A.

2003. Competition and warfare. *ANTH 457: Ecological Anthropology Lecture Notes*. <http://courses.washington.edu/anth457/competit.htm>. 24/02/2004.

SMITH, M. O.

2003. Beyond palisades: the nature and frequency of late prehistoric deliberate violent trauma in the Chickamauga reservoir of east Tennessee. *American Journal of Physical Anthropology* 121: 303-318.

TORRES-ROUFF, C. Y M. A. COSTA JUNQUEIRA

2006. Interpersonal violence in prehistoric San Pedro de Atacama, Chile: Behavioral implications of environmental stress. *American Journal of Physical Anthropology* 130: 60-70.

TURNBULL, C.

1984. *Los Pigmeos, el Pueblo de la Selva*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor.

WALKER, P. L.

1989. Cranial injuries as evidence of violence in prehistoric southern California, Santa Barbara. *American Journal of Physical Anthropology* 80: 313-323.

1997. Wife beating, boxing, and broken noses: skeletal evidence of the cultural patterning of violence. En: Martin, D. L. y D. W. Frayer (Eds.). *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past, War and Society*, Vol. 3, pp. 145-179. Amsterdam, Gordon and Breach Publishers.

2001. A bioarchaeological perspective on the history of violence. *Annual Review of Anthropology* 30: 573-596.

WEBSTER, D.

2000. The not so peaceful civilization: a review of Maya war. *Journal of World Prehistory* 14: 65-118.

WILLEY, P.

1990. *Prehistoric Warfare on the Great Plains*. New York, Garland Publishing.

WILLEY, P. Y T. E. EMERSON

1993. The osteology and archaeology of the Crow Creek massacre, Plains Anthropology 38: 227-269.

WORLD HEALTH ORGANIZATION

2004. Interpersonal violence: Definition. *Injuries and Violence Prevention*. http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/interpersonal/ipv2/en. 23/02/2004.

ZIMMERMAN, L. J. Y L. E. BRADLEY

1993. The Cow Creek Massacre: Initial Coalescent warfare and speculations about the genesis of extended Coalescent. *Plains Anthropologist* 38: 215-226.

ZIMMERMAN, L. J., T. EMERSON, P. WILLEY, M. SWEGLE, J. B. GREGG, P. GREGG, E. WHITE, C. SMITH, T. HABERMAN Y M. P. BUMSTEAD

1981. *The Crow Creek Site (29BF11) Massacre*. Omaha, U. S. Army Corps of Engineers.